



**Asamblea General
Consejo de Seguridad**

Distr.
GENERAL

A/34/725

S/13649

26 noviembre 1979

ESPAÑOL

ORIGINAL: INGLES

ASAMBLEA GENERAL

Trigésimo cuarto período de sesiones

Tema 80 del programa

DECENIO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA

MUJER: IGUALDAD, DESARROLLO Y PAZ

CONSEJO DE SEGURIDAD

Trigésimo cuarto año

Carta del 26 de noviembre de 1979 dirigida al Secretario General
por el Representante Permanente de Kampuchea Democrática ante
las Naciones Unidas

Tengo el honor de remitirle adjunta, para su información, la declaración formulada por la Excelentísima Sra. Ieng Thirith, Ministra de Asuntos Sociales, Jefa de la delegación de Kampuchea Democrática en la Conferencia preparatoria regional para la Conferencia Mundial del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, celebrada en Nueva Delhi, India, del 5 al 9 de noviembre de 1979.

Le agradeceré que tenga a bien hacer distribuir ese texto como documento oficial de la Asamblea General en relación con el tema 80 del programa, y como documento oficial del Consejo de Seguridad.

(Firmado) THIOUNN Prasith
Representante Permanente de
Kampuchea Democrática

ANEXO

DECLARACION FORMULADA POR LA EXCELENTISIMA SRA. IENG THIRITH,
MINISTRA DE ASUNTOS OFICIALES, JEFA DE LA DELEGACION DE
KAMPUCHEA DEMOCRATICA

EN LA
CONFERENCIA PREPARATORIA REGIONAL PARA LA CONFERENCIA MUNDIAL
DEL DECENIO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA MUJER

5 a 9 DE NOVIEMBRE DE 1979
NUEVA DELHI, INDIA

Señora Presidenta:

Para las mujeres que venimos de un país desgarrado por la guerra, esta reunión tiene particular importancia en un momento en que las mujeres de Kampuchea, al igual que todo nuestro pueblo, padecen sufrimientos indecibles a manos de los agresores vietnamitas, que desde el 25 de diciembre de 1978 han arrasado nuestro amado país a sangre y fuego, incendiándolo todo, destruyéndolo todo, aniquilándolo todo.

Permítaseme recordar, señora Presidenta, que en diciembre de 1978, en vísperas de la invasión vietnamita, el Gobierno de Kampuchea Democrática había alcanzado su principal objetivo, que era ofrecer a todo nuestro pueblo una vida digna. Toda la población estaba adecuadamente alimentada, vestida y alojada. Las mujeres gozaban de completa igualdad con los hombres de conformidad con nuestra Constitución, cuyo artículo 13 dispone: "Los hombres y las mujeres son iguales en todos los aspectos. Está prohibida la poligamia o la poliandria".

Aún antes de nuestra liberación en 1975, durante los cinco años que duró la guerra de liberación, las mujeres de Kampuchea habían participado en pie de igualdad con los hombres en la lucha por la liberación nacional como enfermeras, encargadas de los suministros en los frentes de batalla y aún como combatientes, a riesgo de su vida; muchas de ellas aceptaron sin vacilación el supremo sacrificio. Sin embargo, fue sobre todo después de nuestra liberación en 1975 cuando las mujeres de Kampuchea aunaron sus esfuerzos a los de los hombres para reconstruir nuestro país, que había sido devastado en un 80%, y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, en total igualdad con los hombres.

En el terreno político, desde el Gobierno o desde las aldeas, las mujeres de Kampuchea desempeñaban una importante función en la dirección de la vida de nuestro país en comités de todos los niveles en los que tenían a su cargo importantes responsabilidades. Había mujeres que ocupaban cargos de ministro, gobernadoras adjuntas de las regiones, jefas de distritos y jefas de aldeas.

En la esfera económica, cuando las autoridades de Hanoi comenzaron a atacar nuestras fronteras el día siguiente a nuestra liberación y la mayor parte de los hombres de Kampuchea tuvieron que acudir nuevamente a defender nuestras fronteras, la abrumadora mayoría de nuestros trabajadores, ya fuera en los campos de arroz, en las plantaciones de caucho o en las fábricas, eran mujeres. Algunas fábricas de la industria ligera en las ramas textil, farmacéutica, azucarera, etc. eran administradas y operadas casi totalmente por mujeres. Incluso en los transportes, había algunas mujeres que conducían camiones.

En los servicios sociales y de salud pública, la fuerza de trabajo estaba integrada casi totalmente por mujeres. Estas trabajaban como médicas, enfermeras y aún cirujanas. Las mujeres se hicieron cargo también de la educación y la propaganda.

Así, pues, las mujeres de Kampuchea desempeñaron una función principal en la labor de reconstrucción nacional durante los tres años y medio transcurridos desde nuestra liberación en 1975 hasta la invasión vietnamita a fines de 1978.

Esas mujeres sentían un legítimo orgullo de que nuestro pueblo y nuestro Gobierno les hubieran confiado esas responsabilidades y, con la auténtica generosidad característica de todas las mujeres del mundo, consagraron sus vidas al servicio de la comunidad nacional. Nuestro Gobierno las ayudó al pleno desempeño de sus funciones en nuestra sociedad dotando a cada aldea, fábrica y servicio administrativo de una guardería en la que se atendía a sus hijos. Además, cualquier mujer embarazada, ya fuera campesina, obrera o funcionaria pública, disfrutaba de dos meses de descanso antes y después del parto. Las mujeres recibían una atención médica excepcional que en nuestro país era gratuita para toda la población. Se les proporcionaba un régimen privilegiado de alimentación y trabajo para favorecer la lactancia. Todas esas facilidades les permitían desempeñar su trabajo con la máxima eficacia.

Gracias a la adecuada educación de los hombres, por una parte, y a las genuinas cualidades características de nuestras mujeres, por otra, las mujeres gozaban del respeto de los hombres, que nunca ponían en duda su autoridad.

Gracias a su justa política para con las mujeres, nuestro Gobierno logró conseguir la plena participación de nuestras mujeres, que representan más de la mitad de la población, en la labor de reconstrucción del país y en la defensa nacional. Por ello, en tres años y medio logramos transformar un país agrícola atrasado en un país agrícola semimoderno equipado con un sistema de regadíos a escala nacional que nos permitió tener 700.000 hectáreas de tierras cultivables en todas las estaciones. Gracias a ello, nuestros campos, que solían presentar un paisaje árido en la estación seca, reverdecieron con cultivos de arroz, hortalizas y árboles frutales, incluso en plena estación seca. Además, se realizaron cuantiosas economías en todas las aldeas, fábricas y servicios administrativos gracias a la gestión honrada y dedicada de las mujeres. Todo ello, junto con una campaña nacional de educación, nos ayudó a resolver fundamentalmente el problema del analfabetismo de las mujeres y de toda nuestra población. Armadas con sus conocimientos generales y técnicos, las mujeres de Kampuchea se convirtieron en las fuerzas más eficaces de la nación y demostraron una capacidad en la que nunca habían pensado antes.

Esos resultados se obtuvieron pese a las febriles actividades de sabotaje realizadas incesantemente por los agentes de la quinta columna de las autoridades de Hanoi con objeto de contrarrestar nuestra política respecto de las mujeres. Esos agentes secretos infiltrados en nuestras filas bajo el disfraz de revolucionarios se esforzaban en perjudicar a nuestras mujeres principalmente tratando de prostituirlas y aún asesinando a aquellas cuya labor era más meritoria.

Señora Presidenta:

El 6 de enero de 1978, nuestro pueblo y nuestro ejército revolucionario dirigidos por el Gobierno de Kampuchea Democrática derrotaron a las autoridades de Hanoi en su primera guerra de agresión y en mayo de 1978 aplastaron a la quinta columna vietnamita infiltrada en el país desde 1947. Tras esos sucesivos fracasos, las autoridades de Hanoi firmaron el 3 de noviembre de 1978 un tratado militar con Moscú y, con la considerable asistencia militar de la Unión Soviética, el 25 de diciembre de 1978 iniciaron su segunda guerra de agresión contra Kampuchea Democrática a una escala mucho mayor que la otra vez.

/...

De una fuerza de 120.000 soldados con que contaban en diciembre de 1978, las autoridades de Hanoi han elevado el número de sus efectivos a 220.000 soldados, en su intento desesperado y frenético de aplastar la resistencia nacional de Kampuchea. No obstante, como todo el mundo sabe, nuestro pueblo y nuestro ejército revolucionario dirigidos por el Gobierno de Kampuchea Democrática han contraatacado con fuerza y valentía mediante la guerra de guerrillas y desde hace ya más de diez meses han logrado arrastrar a los agresores vietnamitas a una prolongada guerra de desgaste que para ellos parece interminable.

Sin embargo, debido al carácter fascista y a los designios genocidas de los agresores vietnamitas que desean exterminar a toda nuestra población con objeto de devorar a Kampuchea, han sido también diez meses sangrientos en que toda Kampuchea se ha convertido en teatro del pillaje, la devastación, los asesinatos en masa y el hambre, debido a la implacable política de tierra quemada de las autoridades expansionistas de Hanoi. Se han cometido crímenes incontables e indescritos de genocidio, particularmente contra nuestras mujeres. Más de la mitad de los 500.000 ciudadanos que han sido salvajemente asesinados por los agresores vietnamitas son mujeres, particularmente mujeres embarazadas o recién paridas y ancianas demasiado débiles para escapar a tiempo de sus furiosas matanzas. Los soldados vietnamitas las violan cínicamente hasta que mueren o, si aún no han muerto, las rematan acuchillándolas con bayonetas. Ni siquiera las ancianas de 70 u 80 años de edad se libran. Ese es el trato especial que conceden a las mujeres de Kampuchea. Junto con el resto de nuestra población, nuestras mujeres han sido asesinadas por los métodos más fascistas y bárbaros. Por ejemplo, los agresores vietnamitas derraman gasolina sobre nuestros compatriotas y los queman vivos. Les perforan las manos y las orejas, los atan en hileras para que no puedan escapar y se los llevan para fisilarlos. A los niños se les asesina de una manera especial. Los que están en la cuna son descuartizados tirando de las dos piernas atravesados con bayonetas. A los mayores se les aplasta la cabeza contra los troncos de los árboles. Los agresores vietnamitas también tienen métodos especiales para matar a nuestros heridos. Donde los encuentran, en los hospitales de Phnom Penh o en el interior a donde han sido evacuados, las hordas vietnamitas los atan, los tienden en las carreteras y los aplastan con los tanques.

Además, utilizan aviones de combate que vuelan a poca altura para ametrallar salvajemente nuestras aldeas y a nuestro pueblo que trabaja en los campos de arroz, así como a los convoyes de camiones, causando cientos de víctimas y cuantiosos daños a los bienes de nuestro pueblo.

Más grave aún es el hecho de que actualmente los agresores vietnamitas estén utilizando armas químicas como sustancias y gases tóxicos para matar más rápidamente a nuestras mujeres y al resto de la población.

Sin embargo, lo peor de todo es su "estrategia del hambre". Los vietnamitas han saqueado nuestros almacenes en Phnom Penh y en el puerto de Kampong Som, y los almacenes regionales, los de los distritos y los de las aldeas y han incendiado los cultivos de arroz y destruido los aperos agrícolas de nuestro pueblo. Han llegado a confinar a la gente en pueblos y aldeas de que se les prohíbe, bajo pena de muerte, salir para cultivar arroz y verduras o buscar frutos silvestres que comer.

Al mismo tiempo, suprimen sus raciones de arroz y sal, con lo que los condenan cínica y deliberadamente a morir de hambre. Más de 500.000 de nuestros compatriotas han muerto ya de hambre y cada día que pasa, la cifra continúa aumentando.

Señora Presidenta:

La guerra de genocidio y agresión de Viet Nam, además de destruir todas las realizaciones económicas y sociales de nuestras mujeres y de nuestro pueblo, ya ha dejado un saldo de más de 1 millón de víctimas entre nuestros ciudadanos, 500.000 de los cuales han sido asesinados y el resto ha muerto de hambre.

La causa principal de los monstruosos crímenes de genocidio de los agresores contra nuestras mujeres y nuestro pueblo es su ambicioso expansionismo que los ha llevado a devorar a Laos y agredir a Kampuchea para devorarla también, a fin de poder establecer la denominada Federación Indochina, que les servirá como trampolín para iniciar la agresión y expansión en todo el Asia sudoriental.

Con este fin, las autoridades de Hanoi recurren ahora al mismo tiempo a las operaciones militares y a la estrategia del hambre para devorar a nuestro país, exterminando a toda nuestra población.

La opinión internacional ve ahora con alarma el exterminio general del pueblo de Kampuchea mediante la ofensiva lanzada durante la actual estación seca por las autoridades de Hanoi. Es un motivo especial de preocupación en el mundo el hambre generalizada en Kampuchea, la tragedia más cruel que ha visto jamás la humanidad y que nuestro pueblo ha sufrido en su historia, dos veces milenaria, ni siquiera en las privaciones de la postguerra.

Las Naciones Unidas y otros organismos humanitarios de todo el mundo están haciendo lo posible por recoger fondos y alimentos para librar a nuestro pueblo del exterminio.

En nombre del Gobierno de Kampuchea Democrática, quisiera manifestarles nuestra profunda gratitud. Apreciamos en particular la iniciativa adoptada por el Secretario General de las Naciones Unidas, Dr. Kurt WALDHEIM, de convocar una Conferencia de promesas de contribuciones para el 5 de noviembre de 1979 en la Sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, con objeto de establecer un programa de asistencia humanitaria de urgencia a fin de salvar a nuestro pueblo amenazado de extinción por los bárbaros actos de exterminio de las autoridades de Hanoi. Para mayor eficacia de ese socorro humanitario, el Gobierno de Kampuchea Democrática estima que la Conferencia y el Secretario General de las Naciones Unidas deben asignar fuerzas de las Naciones Unidas en número suficiente para asegurar directamente la distribución del socorro a la población víctima de Kampuchea en todo el país y frustrar las maniobras de obstrucción y dilación de las autoridades de Hanoi.

Sin embargo, por necesaria que sea la asistencia humanitaria, no puede bastar para asegurar la supervivencia del pueblo y de la nación de Kampuchea y para impedir la propagación de la guerra al Asia sudoriental y a todo el mundo.

Las Naciones Unidas deben tomar medidas concretas y urgentes para obligar a las autoridades de Viet Nam a retirar inmediata y totalmente sus tropas de agresión y sus asentamientos de población de Kampuchea bajo supervisión y control directos de las fuerzas de las Naciones Unidas para que el pueblo de Kampuchea pueda ejercer su derecho soberano a decidir por sí mismo su propio destino, libre de toda injerencia extranjera. Esta es la única forma de asegurar la supervivencia del pueblo y de la nación de Kampuchea, y al mismo tiempo de impedir la propagación del conflicto actual y de lograr la paz, la seguridad y la estabilidad en el Asia sudoriental, en Asia en general y en todo el mundo.

Señora Presidenta:

Mi delegación se considera obligada a señalar a la atención de nuestra Conferencia preparatoria que las mujeres de Asia y del Pacífico son las más interesadas en los crímenes de genocidio cometidos por las autoridades de Hanoi, que asesinan diariamente a las mujeres de Kampuchea por centenares y millares, utilizando el fuego y la espada y la odiosa "estrategia del hambre". Estando Asia y el Pacífico, y sobre todo el Asia sudoriental directamente amenazados por el expansionismo agresivo de las autoridades de Hanoi, nuestra delegación está convencida de que nuestras hermanas, las mujeres de Asia y del Pacífico, no pueden permanecer indiferentes y permitir que más de 220.000 soldados de las hordas vietnamitas asesinen a su arbitrio a las mujeres de Kampuchea.

Así, pues, nosotras las mujeres de Kampuchea, víctimas de la guerra de genocidio y agresión de Viet Nam, instamos a nuestra honorable Conferencia a que examine la conveniencia de incluir un nuevo tema sobre los posibles medios de salvar a las mujeres de Kampuchea del exterminio impuesto por las autoridades de Hanoi en el programa de la futura Conferencia Mundial del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, que se celebrará en julio de 1980 en Copenhague, Dinamarca. Estamos ya convencidas de que nuestro llamamiento actual obtendrá el pleno apoyo de esta honorable Conferencia, tanto por la supervivencia de nuestro pueblo y de nuestra nación como por el bien común de toda la humanidad.

Muchas gracias, señora Presidenta.

